

habíasele mandado que se callara y cumplía la orden. Comprimia los sollozos que llenaban su pecho, y continuaba allí más pálido que un moribundo, abandonando toda su alma á la más cruel amargura y no quedándole siquiera el recurso de defenderse ni el de huir.

Lo que decía la Amapola era tanto más sangriento cuanto que en verdad el hermano Pacífico había olvidado la custodia y educación de sus hijos para consagrarse exclusivamente al cumplimiento de otro deber.

Y este deber, que había llenado con heroísmo, no le había sido impuesto por la ley de la naturaleza.

Un día, aún nos acordamos de ello, se le dijo que su hija había sido robada; aquel mismo día su hijo debió llegar al palacio de la Marche, y el palacio de la Marche fué saqueado. Desde entonces, Pacífico no volvió á oír hablar de su hijo ni de su hija.

¡Y habían transcurrido quince años!

VI

LA PIEDRA FILOSOFAL

Era ya la una de la madrugada; la Amapola, aburrida por el obstinado silencio de Pacífico, acabó por abandonar su presa; los últimos restos de la cena hallábanse en la mesa que iluminaba la moribunda luz de una lámpara. Pacífico, solo desde aquel momento en la sala común, sentóse en el sillón de madera que hacía las veces de trono de la Amapola, tenía los ojos cerrados, la cabeza inclinada sobre el pecho y trataba de dormir.

Su cara no expresaba ya el violento disgusto que se traslucía en ella, en tanto que la Amapola torturó su alma. Dios había otorgado al pobre hombre

un refugio donde mitigar sus amargas tristezas; Pacífico era un visionario, y á semejanza de esos niños felices á quienes un sueño de color de rosa hace olvidar sus lágrimas, Pacífico podía también sustraerse al yugo de sus crueles pesares y nacer á nueva vida con sólo cerrar los ojos y abrir el espíritu á un mundo de encantos creado por su exaltada fantasía.

Pacífico era un visionario de los que toman en serio sus quimeras y para los cuales el sueño es tan positivo como la realidad.

Su naturaleza cándida é infantil le acompañaba inseparablemente aun en los delirios con que engalanaba sus quimeras. No eran éstas lo que los sueños de un ambicioso ó de un poeta, sino el dormir de un niño á la luz de algunos incoherentes reflejos de la ciencia humana. Nada hay más semejante al exterior de un niño que el exterior de un sabio.

Pacífico había penetrado hasta el fondo de los secretos de la alquimia. Pacífico había llegado á rasgar el primer velo de los que encubrían el Cuarto Misterio, en pos del cual viene ya la *juventud* de Hermez, el metal animado.

Pacífico había acumulado en su memoria, que era vastísima en este punto, lo mismo que su activa é inteligente disposición para el estudio de las ciencias físicas; había acumulado, decimos, todas las definiciones, todos los conocimientos y todas las fórmulas recogidas por los sabios de aquel tiempo. Estaba ya más adelantado que Tertius, Nicolás Flamel, y hasta que el mismo Raimundo Lulio; había dado un paso más que el gran Albert, el que llegó á disciplinar á los ángeles rebeldes; y la fe invencible que tenía en el éxito definitivo de su obra le daba valor para luchar contra el desaliento y el infortunio.

En el instante en que le vemos solo en la gran

sala del mesón, había cesado ya su martirio, y los sueños fantásticos y deliciosos ibanse cerniendo sobre su frente en alegre confusión. Y su semblante, medio oculto entre sus largos y negros cabellos, estaba animado por una vaga sonrisa que le imprimía un aspecto particular y extraordinario. Un no sé qué semejante á un destello de la eterna bienaventuranza iluminaba sus facciones, profundamente desencajadas.

Cuando la luz moribunda de la lámpara revivía, despidiendo el súbito y pasajero resplandor de sus postrimeras convulsiones, velase destacarse de entre las sombras aquel espacioso rostro pálido que parecía no pertenecer ya á este mundo.

De vez en cuando sus labios se entreabrían, pero no era ya para dar expansión á sus quejas, sino para articular palabras como éstas, que murmuró con los párpados casi cerrados por el sueño:

—El alba se acerca—decía;—¿quién sabe si veremos el nuevo día? Dios lo puede todo, y es indudable que el hombre está hecho á su imagen y semejanza. ¡Después del Cuarto Misterio no hay ya más que cruzar la puerta del cielo!

Una sonrisa de satisfacción dilató sus labios.

—No, no es para mí todo ese oro—añadió;—no tengo necesidad de ese metal, pues no conozco si quiera los placeres que proporciona. Lo codicio para ella y para él... Para ella, que tanto ha llorado; para él, cuya noble frente ceñirá con tanta altivez la corona ducal. Todo se compra con oro: compraré la provincia de Armagnac, el condado de la Marche y el ducado de Nemours... y otros muchos dominios por si estos solos no les bastaran. Luego yo contemplaré desde mi humildad su dicha y su ventura y seré el hombre más feliz.

Un celaje cruzó por su frente y se frunció sus cejas.

—¡Otra vez he dedicado á ellos mi primer pensamiento!—prosiguió colérico contra sí mismo.—No, no; el primer oro ha de ser para mis hijos. Buscaré, lo removeré todo hasta las entrañas de la tierra...; nada resiste al oro; llegaré á encontrarlos.

Su sonrisa volvió á ser alegre y su desvanecida cabeza se inclinó sobre sus hombros.

—¡Pero, majadero de mí!—pensó mientras acababa de rendirse al sueño,—no debe haber primeros ni últimos. Nadaré en oro y todo lo que yo quiera se ejecutará á un tiempo mismo. Tendré en mi mano la varita de las virtudes...; ¡mis hijos, mis seflores! No tendré que hacer, sino decir: quiero que sean felices, y serán felices todos juntos á mi lado.

La sonrisa se estacionó con fijeza en sus labios ya inmóviles. El buen hombre dormía.

Pocos momentos después levantóse gran algazara en el mesón de la tía Amapola, en donde estaba escrito que nadie podría dormir mucho tiempo aquella noche; el estruendo salía, en particular, del lado de las caballerizas, que se hallaban literalmente atestadas de ganado. Además de las personas que hemos visto aparecer sucesivamente en la sala común del mesón de la Urraca, hallábanse alojados en la posada todas las que formaban el séquito de Blanca de Armagnac, como damas, escuderos y pajes, quienes se habían ido colocando lo mejor que pudieron. Desde media noche todo aquel personal estaba ocupado en prepararse para la fiesta de aquel día; cada cual debía representar un papel, no siendo éstos limitados, tratándose de la gigantesca representación de la corte del hijo de David.

Olivier de Gravelle quiso que para que nada pudiera echarse de menos en la comedia fuera prece-

dida de un prólogo que había de representarse en la misma puerta de palacio; los diversos personajes debían llegar al puente levadizo con sus trajes bíblicos, y los guardias del rey Salomón tenían que hacerles los honores con todo el ceremonial. Iban á dar las dos de la madrugada y hacía ya tiempo que los palafraneros estaban preparando los caballos y poniéndoles jaeces adecuados á las circunstancias.

A poco empezóse á oír cómo los escuderos y hombres de armas se llamaban por las ventanas y los patios. La posada entera parecía despertarse en el momento mismo en que Pacífico iniciaba su primer sueño; pero como el pobre no había descansado más que comido durante las noches del viaje, dormía impertérrito, como si no zumbara ni una mosca; habría sido necesario un estruendo mucho mayor del que llegaba á la sala común á través de las puertas y ventanas cerradas, para despertarle.

En lo alto de la escalera cruzábanse voces femeninas; los últimos detalles del tocador andaban un poco retrasados, así es que todo eran prisas y trasiegos, sin que esa actividad contribuyera no poco á la lentitud de la operación.

—Vamos—dijo Juan Moreno á alguno que no podía divisarse, abriendo la puerta de debajo de la doble escalera,—entra aquí y está prevenido para mezclarte con los de la escolta.

Juan Moreno llevaba un gorro oriental y una túnica de mil colores, como la de José, hijo de Jacob; representaba, sin duda, un escudero de la reina de Saba. Su compañero no parecía andar muy presuroso, y fué necesario para que entrara, que Juan Moreno le obligara empujándole al interior de la sala común.

Su compañero no era otro, como bien se comprenderá, que el pobre Juan Rubio, que no tenía papel ni traje, y que á duras penas había podido hacerse

con un enorme manto á manera de los que llevaban los del séquito de la reina de Saba. La lámpara no alumbraba ya, pero Juan Moreno había traído una antorcha que dejó en la primera mesa que le vino á mano.

—Cuando la señorita Blanca baje—dijo—apagaremos la luz y tú harás lo que yo haga. Tu preceptor, que supo enseñarte tan bien el latín, te habrá repetido á menudo aquel verso de no sé qué poeta, que dice que la fortuna favorece á los más atrevidos.

—Pero ¡por mi vida!—añadió mirando mejor á Juan Rubio,—estás pálido y tiembles. ¿Tienes miedo, por ventura?

El hermoso doncel vaciló un momento antes de responder, pero por fin dijo como á pesar suyo:

—Sí, es verdad, tengo miedo, hermano mío. A medida que la hora se acerca se levantan en mi pecho no sé qué escrúpulos y reparos. ¿No será una falta de respeto introducirme así, sin su permiso, entre las gentes de su servidumbre y compañía?

—¡Bueno!—dijo el otro Juan,—hay un medio muy expedito de vencer esta dificultad; quédate aquí con tus escrúpulos, y no hablemos más del negocio.

—Por otro lado—replicó Juan Rubio—sería para mí un consuelo tan grande poderme acercar á ella, besar los últimos pliegues de sus faldas y murmurar tal vez una palabra á su oído...

—Entonces—dijo Juan Moreno—abandona tus escrúpulos y pórtate como un muchacho decidido.

—¿Y si ella se enojara?...

—¡Quédate!

—¿Volverá á ofrecérseme jamás una ocasión tan propicia?...

—Pues ven.

—Hermano, tú te diviertes con mis vacilaciones y no te falta motivo para ello; pero es que me aterra el pensar que puedo desagradarla.

— ¡Vive Dios! — exclamó Juan Moreno, — si Blanca deja pasar sólo cinco minutos antes de salir, he aquí un hombre que va á perder la cabeza. Afortunadamente, el gorjeo de los hermosos pajarillos que la rodean empieza á anunciar el canto de la alborada. Escucha, hermano, y verás que esas voces no son muy temibles.

Juan Rubio escuchó al pie de la escalera, de donde bajaban los armoniosos ecos, y sintió un vivo estremecimiento.

— Atiende — añadió el paje; — en medio de todas esas voces ¿no distingues la suya, así como se destaca el canto del ruiseñor en medio de los conciertos de la selva umbría?

Juan Moreno silbó un aire popular.

— Sólo una vez oí á la linda Mireta cantando su alegre canción favorita:

Casémonos pronto, pronto...

Y ya no admiro la más exquisita voz de la más delicada señora, ni el dulce trino del ruiseñor y del jilguero desde que oí á mi adorada, que acabará por ser mi mujer si Dios lo permite.

Callóse de repente y asió del brazo á su compañero, quien, con los ojos despavoridos, miraba la puerta, tras de la cual se ocultaba la beldad de la señorita Blanca.

— No estamos aquí los dos solos — dijo el paje bajando la voz — y quizá hayamos dicho ya demasiado. Te convendría mucho, mi querido hermano, que Mosén Olivier de Gravelle no tuviera barruntos de tu locura.

Cuando esto decía acababa de reparar en Pacífico, sentado en un sillón de madera al otro lado de la sala; la antorcha, demasiado distante de él, no enviaba al hombre dormido sino algunos resplandores tenues é indecisos. A aquella distancia, y entre

sombras, Pacífico no era más que una masa informe, siendo precisos los ojos penetrantes de nuestro paje para distinguir allí el cuerpo de un hombre.

— Paréceme que es un sacerdote ó un monje — dijo Juan Rubio; — la mesonera le habrá acogido por amor de Dios y se ha quedado dormido allí como un justo.

— Esto es lo que hay que averiguar — replicó Juan Moreno.

Y tomando la antorcha dirigióse hacia Pacífico.

— En todo caso — dijo al llegar á la mitad del camino, viendo los restos de la famosa empanada — el buen hombre ha guardado escrupulosamente los preceptos de Hipócrates y no se ha dormido en ayunas.

Diciendo esto, llegó delante de Pacífico, que roncaba de gusto, pero conservando su sonrisa. Juan Moreno se detuvo, contempló un momento y pasó su mano por la frente.

— ¡Juan! — llamó en voz baja, — ven acá.

Este separó los ojos de la puerta afortunada y cruzó de prisa la sala común. El paje siguió diciendo:

— Mucho tiempo hacía que no había hablado á nadie de mis cosas. Mucho tiempo hacía ya que no había pensado en mis primeros años, ni en el excelente varón que iba á visitarnos en la cabaña á mi hermanita y á mí. Me figuro que es la historia que te he contado lo que trae estas ideas á mi imaginación, pero me asalta un pensamiento extraño. De la cara de aquel hombre no conservo cabal recuerdo, pero de su sotanilla... ¡por mi santo Patrón! Juan, hermano, creo que la estoy viendo.

Juan Rubio se había ido acercando; la luz que el paje tenía en la mano caía de lleno sobre las facciones de Pacífico, animadas por su sonrisa. Juan

Rubio dió un paso atrás y ahogó un grito dentro de su pecho. El paje comprendió que deseaba huir.

—¡Vamos!—dijo riendo,—mi visión se desvanece, hermano mío; comprendo que lo de la sotana reza contigo y no conmigo; quédate, pues, con ella, lo mismo que con quien dignamente la lleva.

—¡Pobre amigo!—murmuró Juan Rubio, cuya emoción era cada vez más intensa.—¿Mi madre se habrá quedado sola allí? ¿Ha venido también? Es necesario que le despierte para saberlo.

Juan Moreno le detuvo el brazo.

—Si el buen hombre abre los ojos—dijo,—aquí se acaba la aventura.

Juan Rubio se deshizo de su compañero é inclinóse sobre Pacífico, que continuaba durmiendo.

—¡Pobre amigo, pobre amigo!—murmuró,—su sonrisa es la de un santo. ¡Tal vez sueña que me ha encontrado!

Vaciló. Juan Moreno esperaba silencioso. Por fin el otro depositó un beso en la frente de Pacífico, quien no se despertó.

En el momento en que Juan Rubio hacía un escamoteo á su conciencia, besando al pedagogo en lugar de despertarle, se abrió de nuevo la puerta por donde habían entrado su camarada y él; dicha puerta daba al corredor que conducía al aposento de los hombres de armas; la figura de Tarchino apareció al instante y miró con fijeza el grupo del otro lado de la sala común, que estaba perfectamente iluminado por la antorcha.

—¿Qué me decís de esto?—murmuró dirigiéndose á alguno que debía estar oculto en la obscuridad del corredor.—De ahora en adelante vigilaré de cerca á nuestro amiguito Juan Roldán.

Una voz vibró en la obscuridad y dijo:

—Tal vez sea bueno que esos niños se hayan encontrado. Juan Roldán es un verdadero diablillo;

con buenos escudos sonantes y contantes se hace de él lo que se quiere. Acaso pueda servirnos de instrumento cuando se ofrezca la ocasión...

Oyóse un fuerte rumor en lo alto de la escalera; Tarchino cerró otra vez la puerta, desapareciendo por el corredor.

Era madama Blanca, que había concluido ya su tocado; bajaba con todas sus damas vestida para la fiesta. La luz empezaba á escasear y no ardian más que media docena de antorchas, llevadas por otras tantas doncellas; á pesar de lo cual la Amapola, Mireta y Simón, que acudieron al oír el barullo, se quedaron maravillados á la vista de tanta elegancia y riqueza.

—¡Ah, qué bonito, qué bonito es eso!—decía Simón con la boca abierta y los ojos extraviados,—sin tratar de ofenderos, señorita Mireta, me gustaría hallarme en el lugar del señor conde de la Marche.

Aunque miraba también sin perder ripio, la Amapola continuaba, no obstante, una conversación que tenía pendiente con Mireta.

—Pero, en fin—decía,—esa mujer no es un duende. ¿Quieres que haya pasado por la cerradura de la llave?

—Yo había dejado la puerta abierta—respondió la niña—pensando que ibais á volver... ¡Pero, mirad, mirad la diadema de madama Blanca! ¡Cómo lucen esas piedras preciosas y qué hermoso debe ser llevarlas así sobre la frente!

Mireta hizo una cortesía á Blanca, que le envió sonriendo un amistoso saludo.

—Ya lo veo, ya lo veo—dijo la Amapola inclinándose á su vez ante la hermosa princesa;—sería preciso estar ciego para no ver el esplendor de esos bellísimos diamantes y de esos ojos más bellos todavía...; pero yo te hablaba de aquella mujer que me interesa, por cierto, más de lo que puedes figurarte.

—¡Qué queréis, madre!—dijo Mireta.—Era muy tarde, yo tenía sueño y se me han cerrado los ojos al echarme en la cama. Había tendido en el suelo un colchón para la pobre mujer. Al poco rato me he despertado porque he oído andar dentro del aposento; pero al abrir los ojos nada he visto, pues la lámpara se había apagado. He llamado á la pobre mujer repetidas veces y nadie me ha respondido, en vista de lo cual se ha apoderado de mí un miedo tan grande, que me he acurrucado entre las sábanas... ¡Si supierais, madre, todo lo que Simón y yo hemos visto y oído durante la velada!

La Amapola se encogió de hombros.

—Y luego—añadió Mireta—cuando habéis llegado vos, la pobre mujer había ya desaparecido.

La hostelera sacudió la cabeza con un aire pensativo y salió detrás de la comitiva para abrir la puerta de la calle á Blanca de Armagnac. Los escuderos y pajes, vestidos fantásticamente é imitando el porte de los personajes bíblicos que representaban, salían por el corredor de la planta baja siguiendo á las doncellas. Los guardias esperaban formados en la calle.

—Y sin embargo, no puede estar muy lejos de aquí—pensó la Amapola reparando en el hermano Pacífico, que continuaba durmiendo en su gran sillón,—porque no se ha movido mi pobre paisano, el inocente Andeol. Que Dios me perdone, el infeliz tiene el sueño tan duro como la cabeza. Todo ese estruendo no ha podido despertarle.

Simón, completamente embobado, seguía contemplando absorto la marcha del brillante cortejo, y Mireta, deslumbrada por los preciosos diamantes, no podía apartar los ojos de Blanca, á quien miraba de lejos.

El hermano Pacífico oía algo de todo aquel estrépito, porque á pesar de estar dormido se agitaba y

movía á veces los labios; todo el mundo sabe por experiencia propia que los rumores, de cualquiera clase que sean, influyen en nuestros sueños, y es de creer que el del hermano Pacífico se armonizaba con el barullo que se había levantado en el mesón.

Desde la aparición de Blanca, Juan Rubio estaba como desvanecido; el otro Juan le había preguntado si se hallaba dispuesto, sin que aquél diera contestación alguna. Cuando el cortejo, que marchaba con gran lentitud, se acercó al sitio en que se mantenían apostados los dos amigos, Juan Moreno apagó su antorcha y Juan Rubio se arrimó cuanto le fué posible á la pared.

De improviso, Blanca, que iba á la cabeza de sus damas, se detuvo y levantó un poco el velo que cubría su semblante.

—Hermano—dijo Juan Moreno,—te ha mirado, créeme, te ha mirado; ¡palabra de honor!

Esto le parecía increíble.

Juan Rubio estaba cierto de que Blanca le había mirado, porque su corazón se quedó sin latir. En el momento en que Blanca se puso otra vez en movimiento, Juan Moreno, que creía estar viendo visiones, asió el brazo de su amigo, murmurando:

—¡Hermano, acaba de hacerte una seña, créeme, acaba de hacerte una seña; ¡palabra de honor!

¡Ay!, el pobre Juan Rubio bien lo había echado de ver; pero seguía inmóvil en su sitio y como aplastado bajo el peso de una felicidad que le parecía inverosímil. El tiempo volaba y Blanca iba alejándose.

—Hermano—dijo por tercera vez Juan Moreno,—¡ha vuelto la cabeza! Por mucho menos que todo eso yo pasaría por entre las llamas.

Juan Rubio no se movía; el paje le cogió por el brazo llevándole hasta la puerta en el momento en que Blanca iba á pisar sus umbrales, é inmediata-

mente el buen amigo se escurrió otra vez al interior de la sala entre satisfecho y risueño.

Juan Rubio estaba como embriagado, á pesar de lo cual pudo oír una voz dulce que murmuraba cerca de él:

—Esta noche, en el palacio de la Marche, cuando veáis que yo llevo la mano á la frente, acercaos á mí con aire decidido y tomad mi brazo diciendo de manera que lo oigan las damas de mi alrededor: «De parte de Salomón, el rey.»

Esto dicho, Blanca bajó los escalones del patio, siguiéndola uno á uno sus doncellas y sus escuderos.

Cuando no quedaron en la sala común más que Juan Rubio, Juan Moreno, Mireta, Simón y Pacifico dormido, puesto que la Amapola estaba abriendo con toda ceremonia las puertas grandes del patio, Juan Moreno se acercó á Mireta con la sonrisa en los labios, y como Simón tratase de estorbarle el paso, Juan le cogió por los hombros, haciéndole girar sobre sus talones media docena de veces.

El paje salió enseguida del salón, llevándose consigo á su camarada, que parecía estar más aturrido que el mismo Simón.

—¡Bien!— dijo Juan Moreno á Juan Rubio cuando llegaron al patio,—¿te ha hablado, no es verdad?

—No me preguntes nada, hermano mío—respondió el hermoso joven;—no sé qué decirte... Ignoro si sueño ó si estoy despierto.

El paje le miró de hito en hito con grave seriedad.

—¡Por mi fe de soldado!—exclamó después de un prolongado silencio,—tentaciones me van dando de creer que no es todo mentira lo que refieren los libros de caballería. En esas novelas las cosas marchan á paso de carga, hermano. Ya pareció la princesa, y está seguro de que no faltará tampoco algún sabio encantador. Nada me sorprendería verte al fin, después de mayores ó menores vicisitudes, con

la corona ducal de Nemours sobre la frente, corona que Blanca guarda en el fondo de su cofrecito de alhajas... ¡Que Dios te dé fortuna!

VII

FIN DEL SUEÑO DEL HERMANO PACÍFICO

Pocos minutos hacía que los últimos comparsas del cortejo habían montado á caballo en el patio del mesón, cuando dos nuevos personajes cruzaron misteriosamente la sala común de la posada, en donde no se veía más que al hermano Pacifico sumido aún en su inalterable sueño.

Los dos recién llegados, que iban cubiertos también con vestidos de mascarada, eran un hombre y una mujer. El hombre iba de judío, y la riqueza de su traje era manifiesto indicio del importante papel que le tocaba representar en la comedia; llevaba en la cabeza un hermoso casco coronado de un penacho altísimo, y pendía de su cinto una daga en forma de maza, semejante á las que usaron los hebreos.

La visera caída de su casco ocultaba el rostro de aquel hombre; pero cuantos conocían á Guillermo de Soles podían entrever bajo aquel disfraz al traidor Adonías con sus blancos y largos cabellos.

Cuanto á su compañera, por el contrario, nadie la hubiera reconocido ni adivinado: llevaba el traje de las esposas del rey Salomón, y su talle airoso se destacaba altivo bajo los holgados pliegues de su túnica. Era imposible distinguir ni un rasgo de su semblante, oculto bajo un tupido velo; apenas llegaba á verse el nacimiento de una frente majestuosa, y, por decirlo así, soberana, y los magníficos bucles de una cabellera más fina que la seda.

Al cruzar la sala común, el caballero de Soles decía á su compañera:

—¡Mucho he sufrido, señora mía, y Dios me ha castigado horriblemente! La acción que voy á ejecutar, y que puede perderme en este mundo, la llevo adelante, porque veo cercana la hora de mi muerte, y espero por vuestra intercesión que me perdone aquel á quien vendí.

La mujer tapada no respondió una palabra.

—Me lo habéis prometido, señora—insistió Guillermo de Soles, cuya voz tomaba un acento de inquietud.

—Os lo he prometido—dijo la mujer del velo,—y cumpliré mi promesa.

En este momento vió á Pacífico arrellanado en su sillón de madera, miróle un instante, y Guillermo hizo lo propio.

—¿Es ése quien salvó al niño?...—preguntó.

La mujer hizo una señal afirmativa.

—¡Ay, este hombre no debe temer la muerte!—repuso el de Soles exhalando un suspiro que salía del fondo de su pecho.

—Démonos prisa, caballero—dijo la mujer velada prosiguiendo la marcha.

En el mismo instante en que los dos desaparecían abrióse bruscamente la puerta de debajo de la doble escalera, y Tarchino, seguido de los suyos, invadió la sala común.

—¿No hemos visto ya bastante?—gritó el italiano presa de una viva agitación.—¡Por Belcebú, que el conde, nuestro señor, va á tener una buena cosecha de noticias!... Compadre Thibaut, he ahí en el patio á ese tunante de Guillermo que, creyendo engañarnos, nos presta un buen servicio... Y ya que cada cual lleva su presa, llevemos una nosotros también.

—Nada queda ya—dijo Thibaut de Ferrières, cu-

vos vestidos, cubiertos de polvo, indicaban que acababa de hacer un largo viaje.

El italiano indicó á Pacífico con el dedo.

—¿Qué vamos á hacer de ese mamarracho?—preguntó Thibaut con el más completo desdén.

—Camarada—replicó Vicencio Tarchino,—la madeja está demasiado enredada para que pueda despreñarse un solo cabo. Para cortar el nudo siempre estamos á tiempo, y tal vez con la ayuda de ese buen cristiano podremos llegar á apreciar con firmeza el estado de la cosa. Vos decís que el niño ha muerto, y yo digo que vive aún; es preciso que uno de los dos se equivoque, y hay que averiguar si éste sois vos ó si soy yo.

Dirigióse á Pacífico con paso cauteloso y le sacudió el brazo con rudeza. El pobre hombre había cogido el sueño demasiado bien para despertar á la primera arremetida, pero por último abrió los ojos, exclamando:

—¿Sois vos, mi noble señora? ¿Ha amanecido ya?

—Quita allá, buen hombre—dijo Tarchino;—tu noble señora se halla en el cuarto de la mesonera y nos envía para decirte que hay que montar en seguida á caballo.

—¿A caballo?—repitió Pacífico.

—¿No buscas, por ventura—replicó Tarchino,—á un hermoso jovencito de cabellos rubios que se llama Juan?

—Ciertamente, Monseñor, busco á un pobre niño de las señas y del nombre que decís.

—Pues bien; da gracias á Dios, buen hombre, pues vamos á conducirte adonde se encuentra el mancebo y tú podrás volverlo á los brazos de su madre.

Pacífico se levantó, decidido á seguir á Tarchino.